

Sus negros ojos divagando vivos.
 Y como bulle palpitante el pecho,
 Y como unida con sus hijos rige
 Un Nuevo Mundo á su poder estrecho.
 Así la paz, el alma paz dirige
 Los tiempos del imperio mexicano
 Imprevisto el desórden que le aflige.
 Un dia (dia infausto) el océano
 Se agitó en sus abismos turbulento
 Y arrojó en nuestras playas un tirano.
 ¡Maldicion! maldicion! de su alto asiento
 Se derrumba el poder de los Aztecas;
 La sed del oro socavó el cimiento.
 Asociado á los viles Tlascaltecas
 Mirad al Español cual se levanta
 Educando á la América entre ruecas.
 Es verdad que su yugo se quebranta
 Y la gloria nos cubre en otros ramos,
 Méenos el legislar se pone en planta.
 Oprimidos do quiera nos hallamos
 Por facciones que obstruyen la corriente
 A los bienes que libres heredamos.
 Y ¿sabeis? ¿comprendeis do está la fuente
 Del malestar social que nos devora?
 La educacion de España hasta el presente
 Corre el tiempo y la saña destructora
 De los partidos pasará maldita
 Paso libre á la edad generadora!
 El comercio las casas de visita. (1)
 La agricultura en desarrollo pleno:
 Sin trabas el talento ¿cuanto incita.
 A gozar de ese tiempo tan sereno!
 Plegue á Dios darnos vida y de seguro
 Pronto, Justina amable, yo te juro
 Que hemos de ver la realidad de lleno.

Querétaro, 16 de Setiembre de 1861.
 —José S. Rloverde.

(1) Penitenciarias.

FANTASIA LUGUBRE.

¿Por qué mi pobre corazón suspira
 Y del retiro y soledad se agrada?
 Porque á do yace mi olvidada lira
 Súbito he dirigido una mirada.

J. Joaquín Cervino.

No hay luz. Las sombras, la tristeza mia,
 Todo conspira á renovar mi duelo,
 Saciado el corazón de desconsuelo
 ¿A qué viajar con tan confusa guía?
 Soy avecilla que, posando incierta
 La débil planta en el añoso tronco,
 Me miro en soledad y un eco bronco
 Responde dolorido á mi voz muerta.
 Las compañeras de mi bien perdido
 Huracan las dispersó á otros valles,
 De nuestros campos las tendidas calles
 Encontré sin el trébol florecido.
 ¡Todo lo destruyó la guerra impia!
 ¡La fuente de mi amor exausta yacel
 ¡Hasta el sustento que adherido nace
 En la alta peña, sangre enrojecel!
 Diez primaveras de mortal congoja
 Sentí mirando la encendida guerra,
 El extranjero se cebó en la tierra
 Tierra que esclavizaba y que despoja.
 Escrito estaba yal del genio en alas
 Se alza la juventud de mis hermanos,
 "Basta, esclamaron, basta de tiranos;
 ¡Hurra! salid al silbo de las balas."
 "No es eterna la suerte que os tocara
 De conquistar de Anáhuac el plan bello,
 Vuestras obras jamas de Dios el sello
 Pudieron contener ¿quién lo afirmara?
 En lucha desigual y tan tremenda
 Aunque airoso saliera el mexicano,
 Sucumbió sin embargo muy temprano
 ¡Ay dolor! el objeto de mi ofrenda.
 La sangre aun palpita humeante
 En los campos de Aculco y de Chihuahua
 Y el golfo mexicano se desagua
 Sanguinolento en el oceano Atlante.
 Todo de Anáhuac á la vista muestra
 El cataclismo que sufrió espantoso;
 Al quebrantar el yugo poderoso
 De los tiranos de la raza nuestra,
 Cuando mi mente por la patria gira
 Y contempla lo que es y lo que ha sido,
 Triste pregunto de dolor transido
 ¿Por qué mi pobre corazón suspira?

Pues del retiro y soledad se agrada,
 Allá do yace mi olvidada lira
 Para cantar lo que mi amor me inspira
 Súbito he dirigido una mirada.
 Querétaro, Setiembre 16 de 1851.—José
 Simeon Rloverde.

AL LA MEMORIA

DEL PRIMER CAUDILLO DE LA LIBERTAD DE
 MEXICO.

Quando se lucha contra algun tirano
 Convair es vencer.

Juan Valle.

I.

Que bella y que galana se ostentaba
 En medio á su esplendor la patria mia,
 ¿Como llena de hechizos sonreia!
 ¿Como á sus hijos inspiraba amor!
 En medio á sus magníficos pensiles
 Dulce la aurora á saludarla viene;
 A beber en su aliento se detiene
 El ambiente pasando alhagador.
 Apacible y gratísima la luna
 Sus misteriosas noches ilumina;
 De dicha el Angel con amor se inclina
 A besarle purísima la faz.
 Pintadas aves de cantar sonoro
 La embelesan con blanda melodía;
 Cuando callado va pasando el dia
 De sus fuentes la aduerme el susurrar.
 Joya escondida á la ambicion del mundo
 Flor que entre flores su belleza esconde,
 A su rara hermosura corresponde
 De su cielo bellísima la luz.
 Pero tan bella así, será ultrajada,
 Sin que piedad inspire su hermosura;
 Su sonreír se trocará en tristura;
 Su sonreír se trocará en tristura;
 Su frente ocultará negro capuz.
 Maldito el español con furia insana
 Su hermosura mirando y su riqueza,

II.

Era una noche quieta y misteriosa;
 En el silencio descansaba el mundo:
 El mexicano en un sopor profundo
 Su suerte acaso olvida el infeliz.
 Solo un hombre velaba, de sus ojos
 Aparta el sueño; su penar vehemente:
 Una idea absorve que encendió su mente:
 Al mexicano piensa redimir.
 Ya en la espresion tranquila de su rostro
 Un inocente sonreír divaga;
 Como la brisa que en la noche alhaga
 Sobre su tallo á la caída flor.
 Ya levanta su fúlgida mirada
 Y enternecido fijala en el cielo:
 Era el Moises del mexicano suelo,
 Era de nuestra Patria el redentor.
 Era un anciano de apacibles ojos,
 De venerable faz, de frente altiva,
 Que al ver llorar á México cautiva,
 Lloraba tambien su tierno corazón.

Y su vida ofreciendo en holocausto,
"Si de las garras, dice, de la España
A México arrebató, no la saña
Me hace temblar de enfurecido Leon."

Si ante el mundo mañana se presenta
Poderosa y feliz mi Patria bella,
No importa, nó, si por salvarla á ella
Del tirano al furor he de morir.

Era Hidalgo, por fin; una hora aguarda
Que debe resonar allá en Dolores;
Hora que marque á nuestros opresores
De su injusto dominio el hasta aquí.

La hora sonó é "Independencia grita,
Y Libertad" al pueblo que dormía;
"Independencia, sí; la Patria mía
No más esclavizada se verá."

Ante ella el rey incline su cabeza
Levántese á reinar, es su destino"
Y le señala entónces el camino
Que á la tierra bendita le guiará.

El pueblo ancioso al oírle se apresura,
Y en derredor se agrupa del anciano,
Que levantando trémula su mano,
Le señala de vida un porvenir.

Y ya le sigue... el español imbécil
Quiso dudar si el mexicano era hombre...!
Del caudillo á la voz de Dios en nombre
Vedlo lanzarse intrépido á la lid.

Hidalgo, sí, á una region distante
Porque le guía su luz tendió su vuelo.
Porque encendió su generoso anhelo
El mismo que inspirara á Juana de Arc.

Es de Hidalgo la voz ardiente rayo
Que entre la tempestad va retumbando
Mas con necio desden la oye Fernando.
Su trono jimbécil! bamboleando está.

Calló el coloso!... con amor los hijos
A enjugar fueron de la madre el llanto.
Coronando su sien; el mundo en tanto
Absorta á la cautiva viendo está.

Ella miró purísimo su cielo,
Desbaratadas del sopor las nieblas
El despotismo huyó con sus tinieblas
Y la aurora lució de Libertad.

III.

Grande Hidalgo, la patria ora mira
Que á salvar tu denuedo se alzara.
Firme, sí, do tu voz le marcara
Caminando perdido al Eden.

Ya ante el mundo levanta orgullosa
Con imperio su espléndida frente;
Ya el tirano se aleja rugiente;
Libertad ya corona su sien.

Ponen flores ante ella los genios,
Y las aves melifluas le cantan;
Ya los libres su acento levantan
Con ternura hasta el trono de Dios.

Libertad, Libertad, don del cielo,
Del Eterno destello sublime,
Ven, tu nombre dulcísimo imprime
De mi patria en el sacro pendon.

Es mas bella con tigo mi patria:
Cual se hermana su frente divina
Con tu luz celestial peregrina!
Dios al verla gozoso estará.

Ven á Méjico, sí, fija en ella
Para siempre tu trono fulgente;
Reina aquí, que á tu voz obediente
El patriota de hinojos está.

Sonarán en las selvas... do quiera
Himnos mil de inocente alegría...
Que la infame y fatal tiranía
A mi patria no vuelva jamas!

Que su aliento emponzoña el ambiente
Y se secan de dicha las flores;
De mi patria la risa de amores
Cambia en duelo y en luto su faz.

Salve Hidalgo! glorioso tu nombre
Rebosar de ternura me hiciera;
Y elevando mi voz te rindiera
De mi culto ferviente oblacion.

Si una madre nos dicta querida,
Cuyo amor en el alma yo siento,
A sus hijos infunde tu aliento.
Gloria, Hidalgo, á tu invicto valor!

Querétaro, Setiembre de 1861.—Antonio Perez.

A HIDALGO.

¡Oh, si mi voz tronando resonara
Del ángel la trompeta,
A Hidalgo despertara,
Y cual la nada del señor al soplo
Esa sombra de nuevo se animara
Al soplo poderoso del poeta!

Yo vengo al pié de tu gloriosa tumba,
Mortal heroico entre los mismos héroes,
A refugiarme de vengüenza lleno,
En tanto que el cañon ronco retumba,
Y en tanto que embriagados con su sangre
Olvidan mis hermanos

Hasta el nombre quizá de mejicanos.
Junto á tu losa pasan y con sangre
Sacrilogos la manchan los guerreros,
Y el bélico rumor de los aceros
Turba importuno tu eternal reposo,
Y alzando silencioso
Tu cabeza de lauros coronada
Y de cabellos canos,
Lanzas á lo exterior una mirada,
Y viendo destrozarse á mejicanos,
Avergonzado de tus propios hijos
Cubriéndote la cara con las manos
Con irritado ceño,

De nosotros ¡que horror! tal vez reniegas
Y por no vernos con desden te entregas
De tu sepulcro al sueño.
Hidalgo! yo atrevido

He penetrado á tu póster morada
Y el genio del silencio,
Que vijilante tu sepulcro vela,
Contempla sorprendido

Que clamo de tu féretro á la puerta:
Mártir, oye mi voz, mártir, despierta.
Me oyes Hidalgo? Si mi voz escuchas
No te ofenda que turba tu sosiego,

Porque siempre te amé como á mi padre,
Y á mi patria infeliz como á mi madre,
Y puesto ante tu lápida de hinojos
De tanto ultrage y desacierto tanto
Humilde el ademan, bajas los ojos,
Perdon vengo á pedirte con mi llanto

De tu sombra aplacando los enojos.
Llegó hasta el fondo mismo del santuario

Donde á tu Dios servías
Modesto y solitario,
El irritante són de las cadenas
Que arrastraban tus míseros hermanos
Y el cántico sensual de las orgías
Con que insultaban sus injustas penas
Los intrusos y bárbaros tiranos.

De tu mano de cólera convulsa
Se cayó el incensario,
Y la llevaste súbito á tu frente,
Porque la marca ardiente
Conque á sus ciervos degradados sella
La humillante opresion, sentiste en ella,
Brilló el rayo de Dios en tu mirada;
De un leon acosado la bravura
Sintió tu corazon, y en tu cintura
Tú buscaste una espada.

Como al impulso del vapor se lanza
El volador navio
Contra las olas y el furor del viento,
Y obstáculos venciendo audaz avanza;

Así por el impulso de tu acento
Del grande Guatimoc los descendientes
Contra el usurpador fueron lanzados.
Les recordaste tú, que eran valientes,
Y arrancando indignados

De sus cerrados labios las mordazas,
Entonaron osados
Sin ver si estaban bien ó mal armados
Himnos de Libertad entre amenazas.

Con cada gota de tu noble sangre
Compró un derecho el pueblo mexicano:
Con cada golpe de tu noble espada
Derribaste un tirano;

Y la única corona
Que faltaba á tu frente,
Te la dió sin saberlo tu enemigo,
Dando el cadalso vil del delincuente

A tu virtud heroica por castigo.
La virtud el cadalso torna en trono,
Y en ese trono reservado al bueno
La cólera española

Te ciñó del martirio la aureola.
Hizo Dios la señal y el fuerte solio
Que tres siglos de hierro sostenian,
Cayó por fin á tierra;

Como cayó el soberbio capitolio,
 Como frágil y vana
 Cae en el polvo la grandeza humana.
 Mas no acabó por eso la agonía
 De México infeliz: tú, Hidalgo, viste
 Desde la tumba fría
 Mil y mil veces indignado y triste
 A criminales hijos,
 Como á los labios de Jesús su pueblo,
 Aplicar á los labios de la patria
 Una esponja empapada
 En su llanto y su sangre derramada;
 Como el deícida pueblo disputando
 Quién le daría la postrer lanzada.
 Perdon, bendita sombra, pues nosotros
 Te hemos hecho mas mal que tus con-
 (trarios,
 Cuando hemos desgarrado temerarios
 De tu adorada patria la honda herida;
 Porque la amaste tú, mas que tu vida;
 Imitando tu ejemplo en adelante
 A México cual tú, siempre amarémos
 Y propicio y risueño tu semblante
 Volverse hácia nosotros mirarémos;
 Mas si enemigos de nosotros mismos
 De la mísera patria, nuestras manos
 Las heridas aumentan
 Semegantes al niño que destroza
 Los pechos que piadosos lo sustentan,
 Merecerémos que á tu justo ruego
 Mande sobre nosotros hambre y peste
 Justiciero el Señor, y sed y fuego
 Y todo el peso del furor celeste.
 Guanajuato, Setiembre de 1861.

Juan Valle.

Discurso pronunciado en la apertura del Hospicio de pobres, en Querétaro, el 16 de Setiembre de 1861; por el Presbítero Lic. Nicolás Campa.

Beatus qui intelligit super egenum, et páuperem: in die mala liberabit eam Dominus.

Bienaventurado el que en tiende sobre el necesitado y el pobre: en el día malo le liberará el Señor. D. S. 40. v. 1.

Hoy es el gran día de la Patria, y esto

dia es nuestro, porque es de nuestra comun madre, y los días de la madre son los días de sus hijos. En él celebramos especialmente sus glorias . . . esas glorias que no necesitan la tinta y el papel, ni el mármol y el buril, ni las pirámides y columnas, para transmitir su recuerdo á las generaciones venideras; porque cada corazón es un monumento donde aquellas están grabadas. Sí, Mexicanos; el día cuya aurora saludara risueña á un anciano Párruco que allá en Dolores habia pronunciado el primero esa palabra de libertad para nosotros, y que con ella en sus labios, sus ojos en el cielo, y su mano trémula en el corazón, palpitante de entusiasmo . . . aseguraba nuestra felicidad . . . ese día, repito, debe sin duda producir en nosotros recuerdos de tal naturaleza, que sintamos un éxtasis casi divino.

No pregunto entonces la causa de vuestra alegría, ni llama mi atención esa sonrisa que produce el placer, ni ese mirar de fuego, fruto del entusiasmo; porque tambien yo me sé sonreír con vosotros, porque tambien mi corazón no cabe en mi pecho, porque tambien soy mexicano, y este nombre forma mi orgullo; porque tambien yo podría ser esclavo sin bañar con lágrimas los grillos que ataran mis pies, y sin romper las cadenas que me ligaran á un poder extraño: porque tambien yo, si diré de una vez, preferiría un sepulcro á un rico palacio del mejor de losamos; pero sí, decidme ¿qué causa os pudo conducir á este lugar destinado para el abrigo de la miseria, despues que en las calles y plazas habeis dado testimonios de eterna gratitud á nuestros libertadores? . . . Hablad conmigo, yo tengo la honra de ser el intérprete de estos pobres que teneis á la vista.

Ellos quieren, permitid que me anticipé, aprovechar estos momentos solemnes para manifestar su gratitud, á los que, sobrepo-

niéndose á las dificultades de la época, han procurado con tanto celo, cumplir la voluntad de quien por tantos títulos merece el nombre de insigne benefactora de Querétaro. Creo, entonces, que mi discurso no puede tener otro asunto que el de la caridad, y me permitireis, que, olvidando todo principio meramente humano, recuerde sólo que soy Ministro de una Religión toda de amor, y guiado por sus inspiraciones, imprima en vosotros, en testimonio de gratitud, esta importante verdad. Felices los que atienden á las necesidades del pobre, porque el Señor los protegerá. Entro en materia.

Basta, señores, dar una mirada á toda la creación, para descubrir desde luego esos juquetes, esos trazos, percederos del poder de Aquel, que, siendo todo bondad y amor, quiso comunicarse; y basta tambien para que nosotros acompañando el himno de gratitud que continuamente entonan todas las criaturas, exclamáramos poseídos de admiración. "Tuya es, Señor, la magnificencia, tuyo el poder, tuya la gloria." Pero, y bien, los cielos que publican la gloria de Dios, el firmamento que es obra de sus manos, la tierra con todas sus pasmosas maravillas, la creación entera, es decir, todo lo que no es Dios, ¿le será indiferente á Dios mismo? . . . ¿Será acaso una máquina que sigue necesariamente el movimiento que produjera un primer impulso? ¿ó esta obra maravillosa será tan indigna de su Autor que se desdigne de mirarla, ó que no merezca los cuidados de la inteligencia que la sacara de la nada? De ninguna manera.

Si todo nos hace comprender el poder que crió y que conserva, todo tambien nos predica la Providencia que rije los destinos de estas mismas criaturas para conseguir un fin grande, noble, digno siempre de una sabiduría que es un abismo y de una inteligencia que es infinita.

Levantad vuestra vista hácia el firmamento y preguntadles á esos innumerables globos que constantemente giran sobre nuestras cabezas, preguntadles por sus leyes; y el sol, ese luminoso faro, que alegra y vivifica la creación y nos despierta al trabajo; y la luna esa lámpara apacible que nos convida al descanso y vela nuestro sueño; y la vía lactea, que colocada á distancia casi infinita, parece que solo nos representa el pabellon que se abre allá en las puertas de la eternidad; todos nos dicen, que sumisos obedecen las leyes que les impusiera su Hacedor, y que jamas se separan una línea de la órbita que les trazara su dedo Omnipotente. Mirad las aves que pueblan los aires, mas ricamente vestidas que Salomon en los días de su gloria (como dice el Evangelio) y preguntadles si Dios las ha olvidado? y desde la Aguila que con su vuelo atrevido parece camina hasta el inmenso espacio, hasta la humilde tórtola que en su nido canta sus amores, todas, todas con su trinar divino os contestarán: "No sembramos, no cosechamos; pero Dios cuida de nosotros."

Acá en la tierra, el mar en calma, apacible como la risa del inocente niño, ó bramando por la tempestad, negro y pavoroso, como la boca de una inmensa tumba, os dirá: yo obedezco á Dios, y en su presencia tiemblo. Y el arroyo que inquieto y bullicioso se abre camino por entre las peñas, nos dirá tambien; que corre porque obedeció á Dios que lo envia para fecundizar nuestros campos. Los montes, en cuyas entrañas se esconden los tesoros, los valles que producen el pan para nuestro alimento, el roble que con su tronco desafía el mas fuerte huracan; y la yedra que se arrima á él pidiéndole su apoyo: el León que con sus rujidos hace estremecer las selvas; y el imperceptible insecto que se oculta en el cáliz de una flor: el . . . Pero, adonde camino, Señores, enumerando tan-